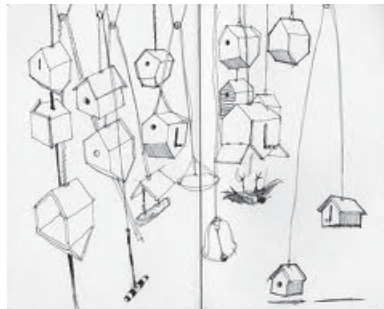


Está saladito dar clases

BOLETÍN SOBRE LA CUESTIÓN SALARIAL Y LAS CONDICIONES DE TRABAJO DOCENTE

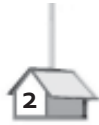


Escena 1. En el aula, durante el recreo, una profesora conversa con un estudiante que hacía unas semanas no iba a la escuela. El estudiante cuenta los vaivenes de su vida, señala que se acaba de enterar de que se quedó libre en casi todas las materias. La charla es amena. Al finalizar el recreo, el profesor reanuda la tarea en el aula. Ve que este estudiante no saca sus materiales y lo

interpela. El estudiante le responde: «¿Para qué, profe? Si ya me quedé libre y usted no puede ponerme nota... ¿usted trabajaría sin que le paguen?»¹

Ante la pregunta ¿trabajarían ustedes sin que les paguen? decimos: no. Decimos «no», tal como lo dirían los trabajadores del frigorífico, los de la metalúrgica, los médicos del hospital, los recolectores de residuos, las costureras, los ferroviarios, o cualquier otro trabajador. Puesto que, como ellos, somos trabajadores y, como ellos, vivimos de un salario. Al mismo tiempo, a partir de diversas vivencias de lo cotidiano en escuelas, institutos terciarios y la universidad, observamos que nuestras problemáticas diarias exceden lo salarial dado que también nos vemos afectados por dificultades en nuestras condiciones de trabajo: cuestiones edilicias, falta de docentes, conflictos en el trabajo en el aula, entre otros.

¹ Cada una de las **Escenas** de este boletín fueron vividas o referidas directamente a alguno de quienes redactamos estas líneas.



Estas líneas son un intento de reflexión sobre el problema del salario pero también sobre aquellas «otras» situaciones que como docentes de diferentes modalidades, jurisdicciones y niveles educativos experimentamos cotidianamente.

El salario, ¿la sal de la vida?

En la sociedad actual, así como el estudiante de la *Escena 1* no quiere trabajar en el aula si no recibirá su correspondiente nota, nosotros no trabajaríamos el tiempo que le dedicamos a la docencia si no obtuviéramos a cambio un salario que nos permita vivir².

En este sentido, nos vemos en la necesidad de defender nuestro salario del intento de reducirlo a su mínima expresión, como suele ser la voluntad del estado o de los empresarios de la educación. En los últimos diez años, las luchas docentes y el crecimiento económico general lograron la necesaria recuperación de la capacidad de compra del sueldo docente, que se había hundido en el contexto de la crisis del 2001. Sin embargo, en la situación actual de desaceleración económica y crisis en puerta, el estado y los empresarios intentan mantener los aumentos salariales por detrás del crecimiento de la inflación para sostener las arcas fiscales y la ganancia. De esta manera, la lucha salarial es una lucha de la que no nos podemos desentender y que, prevemos, será cada vez más dura y necesaria en los próximos años.

No obstante, percibimos que el salario no agota todas las problemáticas del trabajo docente, y, como se dice habitualmente, «no todo se arregla con dinero». Es cierto: nosotros no trabajaríamos sin salario ni los estudiantes sin su nota, pero, ¿sólo trabajamos y estudiamos por esas retribuciones?

² Ahora bien, ¿es posible imaginar una sociedad en la que los estudiantes trabajen en los colegios sin que se les ponga nota y los educadores trabajemos sin necesidad de que nos paguen un salario, es decir, sin tener que vender nuestra fuerza de trabajo para poder sobrevivir? Creemos que es un interrogante por el que vale la pena pensar...

Los sinsabores de cada día

Escena 2. La docente entra desencajada a la dirección. Acaba de salir de un curso en el que sintió que no pudo dar clase, en el que no pudo trabajar. Por momentos se sintió un poco humillada y notó que los estudiantes se maltrataron también entre ellos. Sus intervenciones no sirvieron para revertir la situación. La atraviesa el



sinsentido. Se pregunta: «¿cómo continuar?, ¿vale la pena?, ¿elegí bien mi profesión?» Le explica al directivo la situación que acaba de vivir en el aula y que se repite con distintas intensidades desde principio de año. Con las mejores intenciones, el directivo, viendo que a la profesora se le llenaban los ojos de lágrimas, murmura: «Lo peor que podés hacer frente al curso es llorar... Siempre tenés que mostrarte fuerte, no importa lo que te hagan, ¿sabés?», y le acerca un vaso de agua. La docente se va de la dirección con el mismo malestar con el que entró y no tiene con quien más compartirlo. Se pregunta: «¿todo esto para llegar a fin de mes?»

Decíamos antes que la cuestión salarial no agota todos los aspectos del trabajo docente. Nos enfrentamos a diario con una serie de problemáticas que completan el mapa educativo actual: el ingreso a las aulas de sectores sociales no escolarizados, o con tradiciones educativas fragmentadas y heterogéneas; el desafío constante a la autoridad docente, como parte de un cuestionamiento a la autoridad social en general, que no fue reemplazada por nuevas formas más democráticas de construir normas; el ingreso masivo de nuevas tecnologías al aula que muchas veces refuerzan la desconexión con la clase y el individualismo, como suelen ser el celular o la computadora; el sinsentido de ciertas prácticas y ritos escolares, más propios de una escuela del siglo antepasado que de nuestra realidad contemporánea. Como consecuencia de estas relativamente nuevas problemáticas, la jornada de trabajo se intensifica: cada vez estar a cargo de un curso requiere más energías. Se generan las condiciones para que en docentes y estudiantes gane más terreno la actitud del «como si»: los docentes hacen «como



si» enseñaran mientras los estudiantes hacen «como si» aprendieran. Este «como si» suele estar atado en los docentes a querer sólo cumplir con las obligaciones mínimas (que los estudiantes no se maltraten, que no se escapen del aula, que «hagan algo» en el aula...), ante el hecho consumado de que estos objetivos «mínimos» muchas veces nos insumen un desgaste «máximo».

No suelen existir en las instituciones educativas, como nos muestra el caso de la docente de la **Escena 2**, espacios institucionales en donde canalizar estos malestares y buscar alternativas colectivas. Los problemas se disuelven en la catarsis, la queja y el fastidio por los pasillos y en la sala de profesores, para renacer una y otra vez en las aulas, en forma de llantos contenidos o de pruebas sorpresa, de «aplazos» colectivos o de gritos amenazantes, que, en suma, pocos resultados positivos suelen dar...

De cuando la sal sala, pero sin cubiertos a mano...

Escena 3. «¡Fumarse un porro de vez en cuando no es estar enfermo!», exclama un estudiante. El curso debate acerca de que en los baños de la escuela se fuma marihuana, razón por la que se les han quitado las puertas, para poder vigilar... Los estudiantes discuten: ¿está bien o no fumar en el baño de la escuela? Esta vez, a diferencia de la apatía ordinaria, los estudiantes se enfrascan en un asunto que parece hechizarlos. «¿Usted qué piensa, profe?». La docente se muerde el labio: una vez más la situación parece superarla. «¿Qué les digo?», se pregunta, mientras intenta sopesar diferentes respuestas... «¡¿Qué les digo?!»

En ocasiones, la chispa hace fuego y nos encontramos a gusto en nuestro trabajo: notamos que la actividad propuesta entusiasma a los estudiantes o que los estudiantes mismos se apropian del tiempo del aula y generan actividades propias que llevan a la práctica de muy buena manera. No obstante, muchas veces nuestro entusiasmo se desdibuja: ¿qué respondemos a una pregunta sobre el uso de drogas, si no queremos caer en moralismos o en estigmatizaciones?, ¿a quién de nosotros que trabajó en un colegio católico no le preguntaron con interés y honestidad los estudiantes



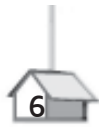
«profe, hoy tengamos debate: ¿qué piensa usted del aborto?», o «¿está de acuerdo con mantenerse virgen hasta el matrimonio?». Por otro lado, ¿nunca nos encontramos en el curso con algún estudiante que nos cuenta que tiene problemas de adicción, o que atraviesa problemas graves en su casa (o que no tiene casa, directamente)?; ¿acaso alguna vez no percibimos que algún alumno pueda estar robando o que, simplemente, nos lo dice? En todas estas situaciones, como el caso de la **Escena 3**, percibimos que algo de las relaciones en el aula funcionaron bien, ya sea por actividades vinculadas con la producción de conocimiento del programa de la materia o por la confianza que los estudiantes pueden encontrar en nosotros y/o en sus compañeros para compartir problemas que estén atravesando y así abordar la tan mentada «formación integral». No obstante, en muchas de esas situaciones nos topamos con los límites institucionales que condicionan nuestra tarea: ¿cómo



problematizar la penalización del consumo de drogas cuando al mismo tiempo se están sacando las puertas de los baños para poder controlar mejor a los estudiantes?; ¿puedo tener una opinión contraria a la iglesia dentro de una escuela católica?; ¿cómo intervenir sobre problemáticas (de salud física y psíquica, familiares, laborales, legales) que exceden las posibilidades reales de intervención docente y de la institución?

Una de sal y una de arena

Escena 4. Cambio de hora. La profesora está por entrar al aula y se cruza con el compañero que sale del curso. Lo ve agotado, con expresión de fastidio. «Profe, ¿qué le anda pasando?», le pregunta a su colega. «Vengo tan mal que ni te ví... ¿Qué me pasa? ¿Qué me puede pasar? El tema es que a mí me pagan por enseñar Matemática, no por hacer de niño, padre, psicólogo y policía... Hoy tenía una chica en una punta que lloraba porque se peleó con la madre y dice que no vuelve a la casa, por otro lado uno se me quedaba dormido y me volteaba del olor a alcohol que tenía, otros tres se me querían escapar del aula y, para



colmo, estaban todo el tiempo molestándose entre ellos... Y el resto, salvo honrosas excepciones, no querían hacer nada... A mí nunca me enseñaron en el profesorado qué hacer frente a esto... Y te digo que, a veces, hasta me parece una misión imposible tener una clase más o menos ordenada... Qué querés que te diga... Te dejo que me voy para otra escuela, espero que te sea leve...» La profesora le sonríe, le da una palabra de aliento y, a la defensiva y contando hasta diez, entra al aula...

Si en la **Escena 3** la docente se enfrentaba a los problemas que nos genera una clase que «funciona bien», la **Escena 4** nos muestra su contracara. Es habitual encontrarnos con grupos en los cuales nos resulta muy arduo generar las condiciones mínimas para que se pueda iniciar el trabajo con los contenidos de la materia. Si bien nos formaron y nos pagan para enseñar una determinada disciplina, es usual que en algunos grupos la mayor parte de nuestras energías y del tiempo de clase se usen en todas esas cosas para las que no estudiamos y que no son por las que, supuestamente, nos ganamos nuestro salario: escuchar a estudiantes con problemas familiares, interceder ante alumnos que se están peleando, contener a aquellos que se quieren ir del aula, luchar con los que no quieren volver del recreo, dialogar con otros que no vemos bien, pedir silencio, que dejen los celulares y los mp3 por un rato... En muchas ocasiones escuchamos de compañeros, o decimos nosotros mismos: «a mí me pagan para enseñar matemática, no para hacer de padre o de psicólogo», o «a mí nunca me enseñaron cómo hacer para que 35 adolescentes se sienten, dejen los celulares, no se molesten y se pongan a trabajar. Yo sé qué hacer para que entiendan un texto, pero no para que se pongan a leerlo...».

Una vez más, reaparece el «como si»: atravesamos el profesorado «como si» en las aulas solo se enseñara nuestra materia específica, aunque muchas veces la realidad nos muestra lo contrario; cobramos un sueldo «como si» nuestro trabajo consistiera en enseñar tal materia, pero muchas veces esta tarea se carga de otras tantas y nos vemos desbordados, saliendo de los cursos advirtiendo a compañeros, o entrando a ellos con una incertidumbre por dentro: «¿a ver con qué me voy a encontrar hoy?»



Sal sí, pero también pimienta

***Escena 5.** En la cartelera de la sala de profesores, se anuncian las jornadas de paro en respuesta al pago en cuotas del aguinaldo. Las expresiones en los rostros docentes son elocuentes: el malestar, que se fue derramando luego del anuncio oficial y de los entredichos entre nación y provincia, es evidente. Sobre el accionar de los gremios algunos pocos plantean su recelo respecto de la clásica movida de los sindicatos: resolver primero una medida, para intentar legitimarla después. Otros nada dicen, o se encojen de hombros, escépticos. La docente recuerda sus lágrimas y desazón de días previos cuando salió de aquel curso, así como el entusiasmo y la incertidumbre que le generó el debate sobre las drogas. La profesora se adherirá al paro, pero piensa que sobre sus problemáticas en aula, poco o nada dicen los carteles en la sala de profesores...*

Al comienzo de este boletín, argumentamos por qué la lucha salarial y por mejores condiciones de trabajo es necesaria e irrenunciable. Pero, al mismo tiempo, con el correr del análisis de las **Escenas** y como problematiza la **Escena 4**, notamos que la lucha salarial no agota las problemáticas docentes. En última instancia, no hay aumento salarial que pague el malestar en el aula... ¿Cuántas veces frente a alguna situación no pensamos en por qué no cambiar de profesión?

No obstante, notamos que, en general, el interés de los trabajadores y de sus gremios se suele centrar primordialmente en los reclamos salariales. Al mismo tiempo, las instituciones educativas no se proponen (o no pueden) generar espacios para elaborar colectiva y cotidianamente las problemáticas que nos afectan día a día en las aulas. Por su parte, las propuestas de los gremios en este sentido, suelen ser insuficientes o de difícil participación, en tanto muchas veces se superponen con los horarios de nuestra actividad laboral o implican renunciar (aún más) al tiempo que disponemos por fuera de las escuelas para otras tareas.

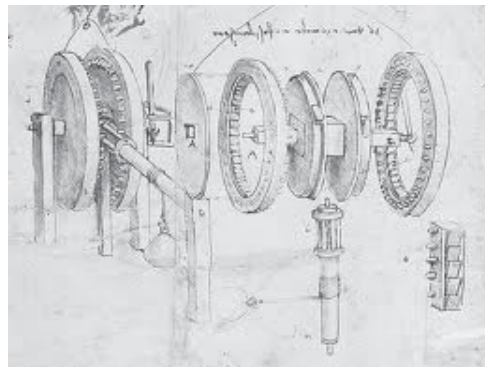




Frente a este panorama, nos propusimos elaborar estos boletines para aportar al debate sobre estas problemáticas como un insumo más de los diálogos cotidianos con nuestros compañeros y con otros grupos de docentes organizados.

Nuestra apuesta es por la producción colectiva de instancias de encuentro y de debate, para elaborar las problemáticas educativas (salariales, edilicias, aúlicas, etc.) de la mejor manera posible. Sin olvidar que para abordar estas problemáticas, primero es necesario reconocerlas y plantearlas en toda su complejidad...

Esperamos que este boletín sea el primero de una serie que nos permita pensar cada vez mejor la realidad en la que actuamos a diario y cada vez con más compañeros.



Trabajadores de la educación en el Nodo (Colectivo de Coorganización Militante)

<http://www.nodocoorganizacion.com.ar/>

nodocoorganizacion@gmail.com

Octubre de 2012